

Capítulo 9: La Obra y la Vida

Toda la luz, la vida y el gozo del universo provienen de Dios. Sus bendiciones son como rayos de luz del sol. Fluyen de Él a todas sus criaturas como corrientes de agua de un manantial. Y dondequiera que la vida de Dios esté en los corazones de las personas, fluirá hacia otros en amor y bendición.

El gozo de nuestro Salvador estaba en elevar y redimir a hombres y mujeres pecadores. No trató de salvarse a sí mismo del sufrimiento y la muerte, sino que voluntariamente murió en la cruz. Los ángeles también trabajan por la felicidad de otros seres. Este es su gozo. Las personas egoístas no desean humillarse para ayudar a los pobres, los enfermos, los pecadores. Sin embargo, esta es la obra de los ángeles sin pecado. El amor abnegado de Cristo llena los corazones de todos los que viven en el cielo y es la razón por la que todos allí son tan felices. Los seguidores de Cristo en la tierra tendrán también este amor, y los guiará en su obra.

Cuando tenemos el amor de Cristo en nuestros corazones, como un aroma dulce, no puede ocultarse. Todos los que encontremos sentirán su santo poder. El espíritu de Cristo en nuestros corazones es como un manantial de agua en el desierto. Fluye para bendecir a todos y hace que aquellos que mueren en pecado quieran beber y ser salvos.

El amor a Jesús nos llevará a trabajar como Él trabajó para la bendición y elevación de todas las personas. Su amor nos llevará a ser bondadosos y amorosos. Sentiremos simpatía por todas las criaturas de nuestro Padre celestial.

La vida del Salvador en la tierra no fue fácil. Pero nunca se cansó de trabajar para salvar a las personas perdidas. Vivió una vida abnegada desde su nacimiento hasta su muerte. No trató de estar libre del trabajo duro y los viajes agotadores. Dijo que el Hijo del hombre «no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos» (Mateo 20:28). Este era el único gran objetivo de su vida. Todo lo demás era menos importante. Hacer la voluntad de Dios y

terminar su obra era como alimento y bebida para Él. No había ningún pensamiento de sí mismo en su obra.

Si recibimos la gracia de Cristo, también nosotros queremos ayudar a otros. Estaremos dispuestos a dar todo para que aquellos por quienes Cristo murió compartan este don de la gracia. Haremos todo lo posible con nuestras propias vidas para hacer del mundo un lugar mejor. Cualquiera que ame verdaderamente a Dios tendrá este deseo.

Tan pronto como venimos a Cristo, queremos contarles a todos qué querido amigo hemos encontrado en Jesús. La verdad que nos salva y cambia nuestras vidas no puede encerrarse en nuestros corazones. Si hemos recibido el manto de justicia de Cristo, no podemos dejar de contarlo a otros. Cuando estamos llenos del gozo de su Espíritu, debemos compartirlo. Tenemos algo maravilloso que contar porque hemos aprendido que el Señor es bueno.

Cuando Jesús llamó a Felipe para que fuera uno de sus discípulos, Felipe corrió y llamó a un amigo para que viniera a ver a Jesús. Seremos como Felipe cuando encontremos al Salvador. Invitaremos a otros a conocerlo y ver la belleza de Cristo. Les hablaremos del gozo del cielo. Desearemos vivir el tipo de vida que Jesús vivió. Querremos que quienes nos rodean vean «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29).

Una gran bendición vendrá sobre nosotros cuando tratemos de ser una bendición para otros. Dios quiere que, para nuestro propio bien, tengamos una parte que desempeñar en su plan de redención. Nos da corazones transformados por su Espíritu para que podamos ser sus ayudantes y transmitir a otros las bendiciones que recibimos. Trabajar con Él es el honor más alto y el mayor gozo que Dios puede darnos. Aquellos que hacen esta obra de amor son llevados más cerca del Creador.

Dios podría haber dado a los ángeles celestiales la obra de llevar sus mensajes de amor y esperanza. Podría haber usado otros medios para hacer el trabajo. Pero en su amor infinito, eligió hacernos sus ayudantes. Podemos trabajar con Cristo y

los ángeles y compartir su bendición y gozo. Podemos ser elevados por esta obra abnegada.

Somos llevados a tener simpatía con Cristo cuando sufrimos con Él. Cada vez que ayudamos a otros, nos volvemos más amorosos y nos acercamos más a nuestro Redentor. «Siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros, por su pobreza, fuerais enriquecidos» (2 Corintios 8:9). La vida solo puede ser una bendición real para nosotros cuando hacemos la obra para la que fuimos creados.

Cuando trabajamos para Cristo y llevamos personas a Él, sentiremos la necesidad de conocerlo mejor. Tendremos hambre y sed de justicia y pediremos a Dios su ayuda. Nuestra fe se fortalecerá a medida que aprendamos más sobre la salvación. Las pruebas y las preocupaciones nos harán estudiar nuestras Biblias y orar más. Creceremos espiritualmente, conoceremos mejor a Cristo y tendremos una vida feliz y gratificante.

La obra abnegada por otros ayuda a hacer nuestro carácter semejante al de Cristo. Trae paz y felicidad. Nos da un fuerte deseo de ser más útiles. No habrá lugar en nuestras vidas para la pereza y el egoísmo. Si ejercitamos nuestra fe y otras gracias cristianas, nos volveremos fuertes en nuestra obra para Dios. Veremos la verdad claramente. Nuestra fe seguirá creciendo, y oraremos con mayor poder. El Espíritu de Dios se moverá en nuestros corazones, ayudándonos a desarrollar caracteres que lo honren. Si nos entregamos en servicio abnegado por otros, con toda seguridad estaremos obrando nuestra propia salvación.

La única manera de crecer en gracia es hacer la obra que Cristo nos ha pedido que hagamos. Necesitamos ayudar a otros tanto como podamos, porque ayudar a otros es ejercicio espiritual. Ejercitar el cuerpo hace a una persona fuerte. Si queremos mantener fuerte nuestra vida cristiana, debemos trabajar. Si recibimos las bendiciones de Dios y no hacemos nada, nuestras vidas cristianas no serán sanas ni fuertes.

Recibir sin dar es como tratar de vivir comiendo y no trabajando. Una persona que no usa sus brazos y piernas pronto pierde el poder de moverlos. El cristiano

que no usa los poderes que Dios le da, ya no crece en Cristo. Incluso pierde el poder que ya tiene.

Cristo ha dado a su iglesia el trabajo de llevar al mundo la historia de Jesús y su amor. Contar esta historia es el deber de todos los cristianos. Todos debemos hacer esta obra lo mejor que podamos. Porque el amor de Dios nos ha sido mostrado, tenemos una deuda de transmitirlo a aquellos que no lo conocen. Dios nos ha dado luz, no solo para nosotros mismos sino para darla a otros.

Los seguidores de Dios deben estar despiertos a su deber. Donde hoy solo una persona en tierras lejanas cuenta la historia de Jesús, debería haber miles. Si no podemos ir nosotros mismos, podemos orar por esta obra y mostrar nuestro amor dando dinero. Debería haber mucho más trabajo para otros incluso en los países cristianos.

No todo el trabajo que debe hacerse para Cristo está en tierras lejanas. Nuestro trabajo puede estar justo en el hogar. Podemos hacer nuestro deber para Cristo en el hogar, la iglesia, el vecindario. Podemos trabajar entre amigos y por aquellos con quienes hacemos negocios.

La mayor parte de la vida de nuestro Salvador en la tierra la pasó trabajando en una carpintería en Nazaret. Los ángeles estaban con Él mientras trabajaba y caminaba con sus vecinos que no sabían que Él era el Hijo de Dios. Jesús estaba haciendo fielmente la obra de su Padre mientras trabajaba en el taller, tanto como cuando sanaba a los enfermos. Trabajar como carpintero era tanto su deber como lo era calmar las tormentosas olas de Galilea. Nosotros también podemos estar trabajando con Jesús mientras hacemos nuestros humildes deberes. Podemos caminar con Él dondequiera que estemos.

El apóstol Pablo escribió: «Hermanos míos, cada uno permanezca en comunión con Dios en la misma condición en que fue llamado» (1 Corintios 7:24). Podemos llevar a cabo fielmente nuestros negocios diarios de una manera que traiga gloria a Dios. Si somos verdaderos seguidores de Dios, llevaremos la religión a todo lo que hacemos, y mostraremos a otros el espíritu de Cristo.

La persona que trabaja en una tienda puede mostrar a Cristo a hombres y mujeres. Puede mostrar que es un seguidor de Aquel que caminó entre las colinas de Galilea. Cada cristiano debe trabajar de tal manera que otros, al ver sus buenas obras, sean llevados a dar gloria a su Creador y Redentor.

Muchas personas se han excusado de servir a Cristo porque otros podían hacer el trabajo mejor que ellos. Algunas personas piensan que solo aquellos que tienen habilidades inusuales están obligados a hacer la obra de Dios. Piensan que solo unas pocas personas especiales deben compartir la obra y las recompensas. Pero esto no es lo que Jesús enseñó en la historia que contó. Dijo que el amo de la casa llamó a sus siervos y dio a cada hombre su trabajo.

Podemos hacer los humildes deberes diarios de la vida con un corazón amoroso *«como si... [trabajáramos] para el Señor y no para los hombres»*. (Colosenses 3:23). El amor de Dios se mostrará en nuestras vidas si está en nuestros corazones. La dulce influencia del amor de Cristo estará a nuestro alrededor para levantar y bendecir a otros.

No debemos esperar a que llegue algún momento importante para trabajar para Dios. Tampoco debemos esperar hasta que seamos capaces de hacer una obra mayor. No debemos preocuparnos por lo que la gente pensará de nosotros. Nuestra vida diaria debe mostrar que nuestra fe es pura y sincera. Si la gente ve que queremos ayudarlos, nuestra obra hará algún bien.

El más humilde y el más pobre de los discípulos de Jesús puede ser una bendición para otras personas. Puede que no sepan que están ayudando a alguien. Pero por la forma en que viven, pueden comenzar olas de bendición que se harán cada vez más grandes. Puede que nunca sepan hasta que lleguen al cielo cuánto bien han hecho.

Dios no espera que la gente se preocupe por el éxito. No necesitan sentir ni saber que están haciendo una gran obra. Si hacen tranquila y fielmente el trabajo que Dios les ha dado, sus vidas no serán desperdiciadas.

Las personas que trabajan para Dios llegarán a ser cada vez más semejantes a Cristo, porque son colaboradores con Él. También se están preparando para la obra superior y el gozo puro de la vida venidera.